# MI AMIGO EL HISTORIADOR, CONVERTIDO AL FATALISMO

9 marzo 46

IBA mi amigo el historiador, alborozado y satisfecho, por la animadísima calle de San Juan de Letrán, rodeado de una tueba de vendedores de lotería, cuando acerté a pasar por allí, asediado a mi vez por una nube de gente pobre que se empeñaba en hacerme rico.

—¡Por fin! —me dijo, echándome los brazos al cuello para abrazarme— ¡Ahora sí que va de veras! ¿Ve usted cómo no me equivocaba? Le dije que Franco caería el año 46, y ya está en el despeñadero...

—Me felicito de ello y felicito a usted por el acierto de su profecía —repuse casi sin ver a mi interlocutor, pues entre sus narices y las mías se levantaba, tempestuosa, una oleada de vigésimos con todas las terminaciones posibles.

Aumentaba por momentos el vocerío y completaron la algarabía unos tenaces caballeros que porfiaban por vendernos cinturones de cuero, pipas mágicas para hacer pompas de jabón, guaraches, bastoncitos policromados como el que usa Antoniorrobles y otros objetos heteróclitos.

—Salgamos de aquí —dijo mi amigo el historiador; y nos encaminamos hacia la avenida Madero, donde una familia gringa ocupaba toda la acera. Por fin, dando un rodeo, llegamos a un café, donde se hablaba a voces del lío taurino.

—Pues, como le decía —prosiguió mi amigo el historiador—, Franco va a caer muy pronto... Nada ni nadie podrán detener su caída, porque ésta no la provocará sólo el cierre de la frontera con Francia, ni la declaración conjunta de los países democráticos, ni la indignación internacional contra sus crímenes, ni el posible acuerdo de la O. N. U., con ser todos estos hechos de considerable trascendencia... Franco caerá este año porque estaba escrito... Permítame que sea fatalista...

—No tengo ningún inconveniente en que usted sea fatalista... En el fondo, todos los españoles lo somos un poco, debido, quizá, a la huella profunda que los musulmanes dejaron en nuestro pueblo y que no han podido borrar siglos de catolicismo, inquisición, adoración nocturna y enseñanza en los colegios de jesuitas.

—Exacto— confirmó mi amigo el historiador, a quien en aquel instante descubrí cierto misterioso parecido con un moro que solía ir a tomar café al Palace de Madrid en los primeros meses de la República.

—Entonces —le pregunté— ¿no cree usted que toda esta acción internacional sirva de algo, puesto que el fin de Franco estaba escrito?

—¡Cómo voy a creerlo! Todo lo que ocurre estaba también escrito... Y con todo ello se producirá el batacazo de Franco en el plazo previsto, que no puedo precisarle con exactitud de día o de semana, pero que ha de realizarse en plazo muy breve... Este año 46 ha de ser el de nuestra victoria...

—Lo celebro; pero ¿no teme usted que le salve la bendición del papa?

—Nada de eso. En mis largos estudios de historiador, husmeando los siglos pasados, jamás he encontrado que una bendición papal haya salvado a nadie. Puedo asegurárselo a usted bajo palabra de honor. En realidad, la bendición papal se dedica principalmente a los agonizantes, y quien la recibe tiene muchas más probabilidades de dañarla que cualquier otro mortal... Además, pesta usted muy seguro de que el papa le haya enviado su bendición a Franco?

—¡Hombre! Yo no sé más que lo que dicen los periódicos... Comprenderá usted que yo no tengo correspondencia directa con Su Santidad...

—Por mi parte no puedo creer que el papa haya bendecido a Franco —repuso mi amigo el historiador—. Más bien creo que lo habrá condenado, anunciándole que irá irremisiblemente al infierno por todos sus crímenes y maldades... Ese miserable de Franco tendrá el fin que merece... Estaba escrito.

—Todo es posible —accedí—, pero la prensa dijo que el Papa le envió su bendición.

—Lo diría —me explicó— antes de conocerse la nota de los Estados Unidos a Inglaterra y Francia proponiendo una acción conjunta contra Franco. Entonces es muy posible que el Papa enviase su bendición al caudillo, que era todavía un "caballero cristiano", pero después de esa nota, dudo mucho de la bendición papal... No se le habrá escapado a usted la importancia de lo ocurrido en el banquete de gala ofrecido a los cardenales por el embajador de Franco en el Vaticano. De los once cardenales americanos invitados, sólo asistieron dos, y los nueve restantes se sintieron repentinamente indispuestos, o tuvieron de momento cosas urgentes que hacer, o, simplemente, no fueron, sin dar más excusas ni explicaciones. Sólo asistieron el cardenal argentino Gaggiano y el norteamericano Spellman, pero, respecto a este último, bien significativo es su paso relámpago por Madrid...

—No negará usted, sin embargo, que el cardenal Spellman y Franco son amigos.

—¡Sí, sí... amigos!... También lo era Franco de Hitler, y mire usted si se acuerda ahora —prosiguió mi amigo el historiador—. Lo más probable es que, después de la nota norteamericana, el cardenal Spellman no sea tan amigo de Franco, y se disponga también a condenarlo; porque un cardenal no puede hacer otra cosa con quien ha asesinado y robado y faltado a todos los mandamientos de la ley divina... Y ese es exactamente el caso de Franco.

—Pero, los obispos y cardenales españoles... —insinué.

—Permítame —me atajó—. Dejemos a esos cardenales y obispos indígenas y falangistas, que son unos tíos cerriles... Yo hablaba del cardenal Spellman, que no puede bendecir "ahora" a ese cruel asesino de Franco... ¿Se imagina usted, por ejemplo, al cardenal Spellman bendiciendo a esa pandilla de facinerosos que mataron en México a los "viejitos" Villar Lledias, para robarles? Pues esos facinerosos son unos verdaderos angelitos del cielo comparados con el generalísimo Franco. ¿Cómo quiere usted que el cardenal Spellman le dé "ahora" su bendición?

—En fin —le dije—, yo en eso de bendiciones no entiendo mucho... Ojalá sea como usted cree... En todo caso, habrá tardado bastante ese cardenal Spellman en enterarse de que Franco es un asesino.

—¡Todos han tardado! ¡Todos han tardado! —se exaltó mi amigo el historiador—. ¿Qué, acaso, es ahora cuando esos países debían cerrar la frontera y lanzar declaraciones y considerar a Franco como un peligro público? Lo que ocurre es que todo estaba escrito, y Franco no tenía que caer hasta este año; y, por lo tanto, la acción internacional decisiva contra Franco no debía producirse hasta este preciso momento. Como tampoco había llegado hasta ahora el momento de condenarlo apostólicamente y anunciarle que irá sin escape al infierno... El caudillo está ya condenado a las parrillas de Satanás... Estaba escrito... ¡Al infierno, al infierno!

—Entonces, ¿no cree usted que irá a Irlanda?

—¿A Irlanda?... Si va, será solamente de paso para el infierno, donde ha de achicharrarse para toda la eternidad... También eso estaba escrito —afirmó categóricamente mi amigo el historiador.

—Yo acepto cuanto usted dice, y estoy dispuesto a proclamarlo así en todas partes —afirmé para no contrariarle.

—¿Y qué? ¿Usted prepara ya las maletas? —me preguntó, lleno de optimismo.

—Pocas maletas tengo que preparar... Eso también estaba escrito... Bueno, ¿nos vamos ya a la calle? —le dije.

—Sí, pero pasemos otra vez por San Juan de Letrán —me contestó.

—¿No le asusta a usted el asedio de los vendedores de lotería?

—Precisamente a eso voy... Voy a comprar un número...

—¿Y el fatalismo?

—El fatalismo, amigo mío, hay que ayudarlo —sentenció solemnemente.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.26/1193